

INSTITUTO
— DE —
INGENIEROS
CIVILES

Mugártegui
La CASA
del GRECO

— CONFERENCIA —

— DADA POR —

Don Carlos G. Espresati

Alumno de la Escuela de Ingenieros
de Caminos, Canales y Puertos

PRESENTADO POR SU PROFESOR

D. Vicente Machimbarrena

— MADRID —

26 DE ABRIL DE 1913

— J. LAYUNTA —

ABADA, 22.-TEL. 231

Cod. 14585

17-55

15E

JUAN J. de MUGARTEGUI

ABOGADO

MARQUINA

LA CASA DEL GRECO

INSTITUTO DE INGENIEROS CIVILES

La Casa del Greco

CONFERENCIA

LA CASA DEL GRECO

Exposición de la Escuela de Ingenieros de Carreteras

Cádiz y Puerto

Exposición de la Escuela de Ingenieros de Carreteras

Don Vicente Machimbarrena

20 DE ABRIL DE 1913

MALAGA

IMPRESA DE LA CATEDRA

EN LA CALLE DE LA CATEDRA

INSTITUTO DE INGENIEROS CIVILES

La Casa del Greco

CONFERENCIA

dada por

Don Carlos G. Espresati

Alumno de la Escuela de Ingenieros de Caminos,
Canales y Puertos

PRESENTADO POR SU PROFESOR

Don Vicente Machimbarrena

26 DE ABRIL DE 1913

MADRID

IMPRENTA DE J. LAYUNTA

Abada, 22.—Tel. 231.

Discurso de presentación del Sr. Machimbarrena

SEÑORES:

Al terminar mi última conferencia acerca de «La Enseñanza Memorista» en medio de vuestro aplauso cariñoso, que tanto anima, que tanto alienta á emprender y proseguir este género de campañas, oí de muchos labios que mi labor, para ser fecunda, debía tener una segunda parte, en la que expusiera, con cuanto más detalle mejor, los remedios que en mi concepto debían aplicarse para extirpar de raíz los errores en que se incurre en los métodos imperantes de enseñanza. Añadían que de no proceder así mis esfuerzos eran negativos, demoledores, anárquicos.

Siento mucho tener que defraudar las esperanzas de los que en su sano optimismo han creído ver en mí una especie de apóstol de las ideas regeneradoras de nuestra enseñanza. Ni aspiro á tanto ni ese es el camino, pues en mi concepto sobran planes detallados, reglamentos minuciosos y programas dilatados, que en general conviene recortar.

Con el acto que hoy realizo pretendo demostrar que á la enseñanza, para ser fecunda, basta encaminarla por buenos rumbos, aun cuando el profesor que los siga no reúna todas las condiciones que su elevada misión reclama.

La elección de buenos profesores es, sin duda alguna, lo más delicado y primordial de la enseñanza, á pesar de lo cual, en los centros docentes que más nos interesan á los que estamos aquí congregados, se hace con notorio descuido. Para demostrarlo tendré que hablar de mí mismo, sin que se me oculte lo desairado que es esto; pero es tan personal el acto que realizo, que no me queda otro re-

medio. Además, mi caso entra del todo en la regla general, y así podré hablar con más libertad.

Ocurrió una vacante en nuestra Escuela de Caminos, hallándome destinado en una División de Ferrocarriles, en ocasión en que los jueces habían dado en la desagradable manía de procesar á los Ingenieros de dichas inspecciones técnicas en cuanto ocurría un descarrilamiento desgraciado. El que los citados funcionarios viajen de balde y en *break* molesta mucho al público de pago; así que la carne de Ingeniero de División es un bocado sabroso para echarlo á la fiera opinión pública; y como dichos accidentes ferroviarios se hallaban fuera del alcance de nuestros medios de previsión, por grande que fuese el celo que pusiéramos en el desempeño del cargo, llegué á ignorar si, al dormir una noche con la conciencia tranquila de haber cumplido mis deberes, me despertaría en la mañana siguiente como presunto criminal de imprudencia temeraria, por haber dejado que las Compañías de ferrocarriles dejaran correr sus trenes más de lo debido y sin las precauciones necesarias.

Pensando, por lo tanto, en primer término, en mi tranquilidad personal, y un poco también en las sabrosas vacaciones de verano, solicité la vacante de la Escuela, que me fué concedida con relativa facilidad, por no ser muchos los que aspiran á estos cargos, dadas sus escasas ventajas económicas.

No fué, como veis, muy elevado ni altruísta el ideal que me llevó á la Escuela, aunque no he de ocultar que, en las profundidades de mi conciencia, se me ofrecía el nuevo cargo que iba á tener revestido de las más altas responsabilidades morales. A la cárcel, sin embargo, como en el otro, no era fácil que me llevaran.

¿Cuál era la asignatura que debía enseñar al recibir el nombramiento de profesor?

Al llegar á este punto tan delicado nos hallamos metidos en pleno convencionalismo. Teóricamente, el título de Ingeniero capacita á quien lo posee para explicar todas y cada una de las múltiples asignaturas que interesan á tan compleja profesión. En esto nos parecemos un poco á los políticos, que aceptan cualquier cartera, incluso la más opuesta á sus aficiones y conocimientos, con tal de ser ministros.

La Escuela, para estos efectos, es como cualquier otro servicio de la profesión, y así como al dar los primeros pasos en ésta, el Ingeniero Jefe de la provincia de Guadalajara, á la que fuí destinado, me encargó de la carretera de Medinaceli á Maranchón, de igual modo el Director de la Escuela podía encomendarme el desempeño de cualquier asignatura. Comprendí entonces que los profesores de casi todas las Escuelas especiales no son verdaderos profesores, sino más bien Ingenieros encargados de tal ó cual asignatura, lo que es muy distinto. Esta idea calmó mucho mis escrúpulos, cuando me vi de pronto encargado de la clase de Dibujo, arte para el cual me avergüenza confesar las deplorables facultades que poseo. Y así pasé cerca de tres años, sin atreverme á poner mis pecadoras manos con el lápiz ó el pincel en los trabajos de mis discípulos, ante el temor fundado de estropearlos, á pesar de lo cual el cargo me imponía la obligación de juzgarlos, poniendo notas.

Después, por enfermedades de mis compañeros, expliqué un año Estereotomía y al siguiente Electrotecnia. ¿Recordáis cómo abominé en la pasada conferencia de los libros de texto? Pues bien; en cuanto en las primeras lecciones me encaré con Gauss y me encontré metido en los campos de fuerza, á la fuerza me vi obligado á agarrarme, como un náufrago á la peña, á uno de esos libros, con el que pude arribar, sin aparente detrimento de mi autoridad de profesor, á la orilla opuesta del curso. Durante éste pude hablar con cierta soltura de flujos, histéresis, corrientes de Foucault, inductancias, reactancias, resonancias y otras petulancias por el estilo; pero ocurrió que un día, seguramente con mala intención y para demostrar lo menguado y frágil de mis conocimientos, se confabularon para declararse en huelga todos los elementos eléctricos de mi casa, y la luz no lucía, los timbres no sonaban, y hasta una mísera bombita eléctrica se empeñó en molestarme, no queriendo girar.

Quise dominar la huelga con mis profundos conocimientos teóricos, y después de grandes trabajos y de invocar los nombres de Ohm, Joule, Kirehhoff, Faraday, Maxwel y tantos otros, cuyas leyes también conocía, nada logré, y seguía mi casa tan á oscuras como yo, los servicios sin agua y los timbres en silencio, hasta que tuve que pasar por la vergüenza de llamar á un humilde electricista, que

en pocos minutos dominó la situación, dejando todo listo y funcionando.

Al año siguiente quedó vacante la asignatura de arte arquitectónico y me eché en brazos del arte, sin otros títulos que los de esas pobres artistas del género ínfimo, que, como dice el insigne Benavente, han hecho encarecer la lentejuela y el fregadero añoran.

Como el sentimiento artístico es innato en el hombre y hay muchas fibras en mi ser que vibran á su influjo, me lancé confiado en los serenos y tranquilos mares del arte arquitectónico sin chaleco salvavidas, ó sea sin el socorrido libro de texto. Este arranque inicial me fué muy provechoso, pues libre de prejuicios y rutinas me limité en mis explicaciones á jalonar los ejes de la asignatura, sembrando al mismo tiempo ideas con el exclusivo objeto de excitar la inteligencia y la imaginación de mis alumnos, y simultáneamente provoqué su colaboración, poniendo en práctica este gran principio de la enseñanza moderna, que es, y lo vuelvo á repetir, el de la colaboración científica y artística de profesores y discípulos.

Implica esto una transformación tan fecunda en la vida escolar como la que se opera en la política cuando el hombre pasa de súbdito á ciudadano, de Oriente á Grecia, de la bárbara Edad Media á las grandes democracias modernas. Dijo Hegel que en Grecia el mundo comienza á pensar, y análogamente puede afirmarse que el alumno comienza á pensar cuando, libre de toda tiranía docente, colabora con su profesor.

Los horizontes que así se abren á la Ciencia y al Arte son ilimitados. Algunos timoratos dirán que al no llevarse esas corrientes por cauces estrechos, se corre el peligro grave de una inundación; pero hay que contestarles que semejantes desbordamientos es fácil lograr que sean fecundos como los del Nilo.

Para abrir en mi clase de par en par las puertas de la colaboración escolar he establecido la costumbre de que los alumnos, sin excepción alguna, den conferencias á sus compañeros, y para hallar temas viajamos juntos, no sólo por España, sino también por el extranjero, contemplando directamente las obras de arte. Este año han estado los alumnos de Arquitectura de la Escuela de Caminos en Italia, donde han visitado Génova, Pisa, Florencia, Roma, Venecia

y Milán; conocen muchos de los monumentos arquitectónicos de España; se da el milagro de que los libros de la biblioteca de la Escuela, que antes dormían el sueño eterno de las momias egipcias, se m nejen por ellos más que nunca.

La biblioteca, que es descanso de la memoria, sustituyendo al libro de texto, que es su pesadilla, y la contemplación directa de las obras de arte en calles y Museos, juntamente con las que reproduce el aparato de proyecciones, son los medios que utilizamos indistintamente, alumnos y profesor, para enseñar y aprender, también indistintamente, pues con toda ingenuidad confieso que he aprendido de los alumnos algo de lo que sé.

Los frutos de este plan sencillo he querido que los veáis, para lo cual tengo el gusto de presentaros á mi alumno D. Carlos G. Espresati, que, enamorado de la delicada labor artística realizada en Toledo por el Marqués de la Vega Inclán, hizo un trabajo personal al dar su conferencia acerca de la casa del Greco.

El Sr. Espresati, como veréis, tiene alma de artista, corazón de poeta, á pesar de lo cual es tan modesto que no ha pretendido nunca escalar los primeros puestos de la promoción. Le ruego que ocupe este sitio, en tanto que yo desciendo á esos bancos á escuchar y á aprender.

Señores, he dicho.

Discurso preliminar del Sr. Espresati

SEÑORES:

Casi por arte de hechicería me encuentro ante vosotros para dirigiros la palabra. Audaz ó humilde, mi voz ha vibrado ya algunas veces ante distintos auditorios, y en las cátedras, diciendo con varia fortuna, ya ideas propias—que siempre fuí muy devoto de buscar y dar á conocer—ó la ciencia de los libros y de las explicaciones de los profesores, no siempre dócil á dejarse prender por mí, para repetirla ante mis condiscípulos, y aun, modestamente, ante mis discípulos, en otras aulas menos entonadas y doctas que las de la Escuela.

Pero nunca pude soñar con tener un auditorio como el que me escucha, ni encumbrarme hasta el lugar donde me encuentro. Al cariño y á la indulgencia de mi maestro D. Vicente Machimbarrena, cuyas palabras áticas y sabias acabáis de oír, débese este milagro.

Yo he venido aquí, como producto de su clase, en calidad de ejemplo, que si se ha de calificar por mi hoja de estudios es un mal ejemplo: la misión mía es la de repetir una lección, y sigo siendo discípulo, aunque, por paradoja humorística de las cosas, se hallen en los bancos ahora los profesores y el alumno ocupe indebidamente la cátedra.

Mi afición á la literatura y á las artes me llevó á componer la conferencia que vais á escuchar; la benevolencia de mi maestro y la de mis compañeros la apadrinaron para salir á lucirse en los escaparates..... y si la obligación de pronunciar—como alumno de la clase de Arquitectura en la Escuela de Caminos—una conferencia de arte, y mi afición á ellas, parieron mi trabajo, aquellas causas han sido las *malas artes* culpables del sacrificio vuestro teniendo que soportar mis palabras.

Es el tema de mi conferencia «La casa del Greco»; y empieza así:

Discurso preliminar del Sr. Greco

Este por sí solo de hecho me encuentro ante vosotros para el primer día de la escuela. Andar o no andar, en el momento ya algunas voces ante vosotros, y en las clases, diciendo con tanta fuerza, ya ideas propias, que siempre en muy breve de hacer y de conocer, o la ciencia de las cosas y de las explicaciones de los profesores, no siempre doliendo a los que se ven por un lado, la ante mis conocimientos, y una, modestamente, ante mis conocimientos, en otras aulas menos entorpecidas y doctas que las de la escuela, pero nunca puede haber con tener un auditorio como el que me encuentro, ni en un momento, para el primer día de la escuela. Al curso y a la inteligencia de mi maestro D. Vicente Marchant, que es un hombre de una gran cultura y de una gran sabiduría, debo este discurso.

Yo he venido aquí, como profesor de la clase de la escuela de la escuela, que es la de la escuela, por mi parte de estudio y de estudio, la escuela me es la de la escuela, y ego siendo de la escuela, aunque por paradosa memoria de las cosas, se hallen en los libros, ahora los profesores y el alumno, según indubitablemente la escuela.

Me acuerdo a la literatura y a las artes me llevó a componer la conciencia que voy a escribir, la conciencia de mi maestro y la de mis compañeros la que me ha llevado a salir a la escuela en los caparines, y a la obligación de pronunciar, como alumno de la clase de literatura, en la escuela de la escuela, una conciencia de arte, y me acuerdo a ellas, porque mi trabajo, aquellas cosas han sido las cosas culpables del trabajo, y ego siendo de la escuela, que reportar mis palabras.

En el tema de mi conciencia «la casa del Greco» y en el tema

PRÓLOGO

En un rincón pintoresco de Toledo hay un solar de tan rancia estirpe sentimental, que él por sí solo es cifra de tres ejecutorias excelsas, doradas con el encanto de las fábulas legendarias. Sobre él tendió su niebla azulada de ensueño la fantasía popular, y su espacio famoso hizolo primero cárcel de tesoros inmensos, luego diabólico aquellarre, por fin escenario de un heroico romance de la hidalguía castellana. La codicia rapaz en campo de oro, el misterio monstruoso y mágico sobre fondo de tinieblas y el gesto épico y leal refulgiendo en un campo sangriento de gules, ilustran así el blasón fantástico de este recinto, donde se alzó luego la casa hoy conocida como mansión, en sus días, de Don Inico el Greco.

Y si las antiguas invenciones cautivan el espíritu con su poética novelaría, también deleita el ánimo y solaza el gusto la crónica lindera con lo nebuloso, que parla la vida del pintor cretense en los lares toledanos.

Y os quiero decir la historia de esta casa, tal como la siento, reflejando en vosotros mis emociones y mis íntimas conjeturas hurtadas a la fábula. Estas me ofrecen asidero, aunque no mucho, en algunos libros que he leído, y compondrán á su modo las estrofas de este canto primero: *Las grandezas de antaño*. Aquellas mis emociones, mis entusiasmos sentimentales, con el epígrafe *El santuario del genio*, querrán levantar en vosotros la visión de la actual «Casa del Greco» tal como yo la he contemplado, sumido en artística devoción, sin que para tal hazaña me valga de la ayuda de ajenos libros, que ni autorizados ni humildes he podido encontrar. Para no desmentir el proverbio aquel «de gustos no hay nada escrito», tampoco hasta ahora se ha escrito nada de la «Casa del

Greco», índice y florilegio del gusto depurado del marqués de la Vega-Inclán.

A las consejas del vulgo oponen sabios varones sus melindres de duda; hay quien llega á negarles rotundamente todo motivo de verosimilitud. Yo os confieso que, por natural afición á lo romanesco y maravilloso, he tomado en aprecio para mi tarea los elementos más bellos y más sugestivos de las viejas crónicas con preferencia al fárrago de disquisiciones documentadas y graves.

La sequedad de los doctos y eruditos me encocora: á toda imaginativa historia opónense con un *nego majorem*; á los cuentos llenos de maga ilusión, tejidos sobre tradiciones verdaderas por las abuelas plebeyas, los desembarazan de idealidad con un *distingo* escolástico; á los decires y romances de juglar responden con folios interminables, preñados de filosofía, de ejemplos demostrativos y de sapientísimos escolios de las Sagradas Escrituras; y yo os digo, por mi fe, que á estas citas morales prefiero aquellas otras citas de amable inmoralidad á que dan lugar la escrituras profanas.

Con esto se me han ido las palabras, y la virtud con ellas, de mi mocestía. Y esta poca virtud mía no ha pasado por mis frases; muda, como pasa por el prudente, según Fernández de Andrada, sino redundante y llena de ruido como por el vano, ambicioso y aparente, así:

¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

Y como no quiero que estas cañas de necedad mías se tornen lanzas de donaire en vuestras manos, cierro el prólogo y me meto en harina—como decimos al uso—por ver si mi máscara grotesca os hace reír, mientras mis palabras buscan en vosotros el eco de una emoción.

Las grandezas de antaño.

Dícese en las crónicas del reinado de Don Pedro, el Primero de Castilla, sobrenombrado el Cruel, que en el extremo oriental de la *Judería mayor*, de Toledo, y extendiéndose desde la occidental ladera de Montichel, bordeando el escarpe ribereño del Tajo, hasta rodear la Sinagoga, se alzaba en pleno siglo xiv el palacio magnífico del opulento magnate judío Don Simuel-ben-Meir Ha Levi, Almojarife mayor y poderoso privado del Rey galante.

Tal ascendiente hubo de ejercer en el augusto ánimo este consejero israelita, que logró del Monarca real permiso para edificar una capilla ó templo doméstico donde celebrar sus ritos.

El ornato y grandeza del palacio de Samuel Levi sólo pueden concebirse dejando volar la fantasía ante el primoroso esplendor que aún hoy engalana interiormente la Sinagoga del Tránsito.

No dudo yo que esta Sinagoga sea la misma capilla familiar levantada por el famoso israelita; las bóvedas descubiertas en recientes excavaciones claramente indican la comunicación, así subterránea como á ras del suelo, entre la Sinagoga y el palacio del magnate judío. Si aquélla ostenta en sus muros, en sus vanos y en el techo prodigios de decoración mudéjar, caprichosas filigranas de ataurique, arrocabes de calado encaje, frisos de arabescos encantadores, capiteles, zapatas, arcos, ajimeces, tablas de alharaca y tracerías de gracioso arte, ¿qué ricos artesonados formarían dosel espléndido sobre el ámbito de las tarbeas de su palacio? ¿Qué lindas ataujías ornarían las alfardas, los chapinetes y almaribates de las armaduras? ¿Cómo fulgurarían los colores en los alicatados de zócalo en sus patios luminosos y en los alboaires de las bóvedas? ¿Qué fastuosos alfarges cubrirían las alhanías? ¿Cuán pulidas taraceas lucirían su policromía en los muebles? ¿Qué sutiles labores de arrequives y molduras ten-

derían sus mallas de yeso tallado en torno de las ventanas y de las puertas?

La imaginación se exalta y ve el palacio del Almojarife cercado de floridos jardines y encantada la penumbra de sus patios con el sonoro rumor de las fuentes claras, sobre el mármol de las tazas esculpidas.

Pero hay algo en los textos que he leído que tengo por dudoso y errado. Al hablar en ellos de las bóvedas subterráneas del grupo de construcciones componentes del palacio de Samuel Leví, las creen fabricadas con objeto de hacerlas servir como sótanos donde se almacenaran las mercancías y los tesoros del rico israelita; estas bóvedas no constituyen un solo piso, sino varios, escalonados en la pendiente de la montaña, de los cuales tres están á la vista ya, y según los indicios de murallones que afloran á más bajo nivel, pueden suponerse otros cuatro pisos soterrados, hasta llegar á esos vestigios de fábrica, visibles.

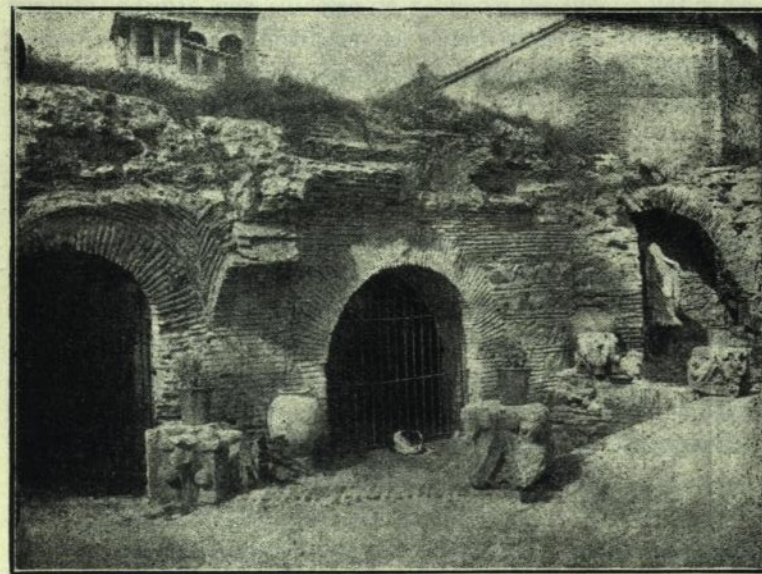
Tan dilatados recintos subterráneos, dada la fama de opulencia del judío, supuesto lugar destinado para guardar sus pingües caudales, pronto los pobló la fantasía del vulgo de cuantiosas talegas de oro y de plata, de orfebrería maravillosa, deslumbradores montones de diamantes, perlas y otras piedras finas, de ámbar de Grecia, perfumes, esencias y narcóticos del Oriente misterioso, todo celado por la codicia del Almojarife.

Tal vez el Rey Don Pedro llegó á creer en las fabulosas patrañas populares á él denunciadas por hebreos envidiosos de la pujanza de Leví, y exigió de su Tesorero la entrega de aquellas riquezas. Tomólo como broma del Rey el buen Leví, sin temer, ¡tal era su trato amistoso con el monarca!, asechanza ninguna del cruel soberano; mas caído en desgracia, en un mismo día fueron presos él y todos los parientes que tenía en el reino, cuando agonizaba el año 1360. Los bienes del infeliz Tesorero fueron confiscados, y sus palacios unidos al patrimonio real.

Avidamente registraron los agentes del Rey dicho palacio y los sótanos misteriosos, y «encontráronse—dice la Crónica de este sombrío reinado—ciento é sesenta mil doblas é quatro mil marcos de plata, é ciento é venticinco arcas de paños de oro é seda, é otras joyas, é ochenta Moros, Moras é Moreznos».



CASA DEL GRECO: SUBTERRÁNEOS



CASA DEL GRECO: ENTRADA Á LOS SUBTERRÁNEOS

No era tal riqueza sino muy inferior á la imaginada por Don Pedro, é hizo conducir á Sevilla á Don Samuel Leví, y, atarazado, someterle á tormento para que declarase dónde ocultaba el resto de sus caudales.

El viejo israelita tuvo altiva entereza para morir flagelado por el dolor y por el coraje rabioso, sin querer revelar el escondrijo de sus tesoros, si lo había; mas reconocidos de nuevo los sótanos, halláronse, en uno muy recatado, tres montones de barras de oro y plata.

Se comprende la leyenda de estos hiperbólicos tesoros, aceptando la creencia de que todas aquellas caóticas cavernas fueran construídas para almacén de mercancías y caudales; pero yo encuentro una razón constructiva que explica lógicamente la necesidad de levantar los diversos pisos de arcadas. Tropezaba el palacio de Samuel Leví con la escarpada pendiente de la montaña, impidiéndole toda expansión; así, que para encontrar espacio mayor que diera holgura á su recinto, vióse, sin duda, obligado á escalonar aquella serie de bóvedas, hasta alcanzar la rasante, y dilatar de este modo, sobre la ribera, el sólar de su morada. Y una vez construídos estos abovedados, es lógico pensar que se utilizasen como silos y almacenes, y también, además, que sirviesen de refugio á los judaizantes perseguidos en las jornadas luctuosas que periódicamente hacían sucumbir bajo el filo de los cuchillos del populacho cristiano centenares de infelices hebreos.

Incorporados á la Corona siguen estos palacios de D. Samuel Leví, hasta el reinado de Don Enrique III. Aquí entra de nuevo el aura de la leyenda á embellecer la historia del palacio.

La Sinagoga era ya patrimonio de la Orden militar de Calatrava, cuando el Rey, sobrenombrado el Doliente, hizo merced á su primo Don Enrique de Aragón—el llamado Marqués de Villena, aunque no lo era por haber sido despojados de tal título sus antecesores—del hábito de Gran Maestre de las Ordenes, y le donó á la vez el palacio contiguo á la iglesia de Calatrava.

En la crónica de estos acacimientos hay un donoso epigrama.

El Señor de Villena era casado con Doña María de Albornoz, y para poder alcanzar la distinción que el Monarca le otorgaba, «hubo de determinar, de común acuerdo con su esposa é interviniendo el gusto de Don Henrique el tercero, divorciarse, pretextando impotencia de parte de Don Henrique de Aragón, é que su mujer entrase profesá en Santa Clara (de Guadalajara); mas ni llegó á vestirse hábito ni hubo intención de ser monja». Tenaces inconvenientes opuestos por los caballeros calatravos aplazaron, á disgusto del Rey, la elección de su primo; mas al fin tuvo lugar ésta en la iglesia de Santa Fe de Toledo, aunque—dice el prologuista del «Arte Cisoria», escrita por el Marqués de Villena—no quisieron algunos electores concurrir, informados de que en la sentencia de divorcio había doblez, por ser notorio que el Rey *miraba con algún cuidado* á Doña María.» Pero al Marqués de Villena le tuvieron sin cuidado los cuidados del Rey cuando miraba á Doña María, y esta buena dama, con caritativo ejemplo, dejábase, por las trazas, cuidar á la vez por entrambos egregios varones, ya que, según dice el citado prologuista, «Los freyles, cavalleros y comendadores de la Orden, al morir el Rey Don Henrique el tercero, destituyeron y excomulgaron á su Maestre, pretextando su falsa elección, y que después de tener Don Henrique de Aragón el Hábito, havia tenido á Doña María en su casa, á su mesa y trato maridable».

Como se ve, el Señor de Villena, por no perder el hábito de esposo, perdió el de Calatrava.

En el apartamiento de su casa en Toledo dióse á cultivar con ahinco sus ya largos estudios, y á escribir tratados y libros eruditos de Matemáticas, Poesía y Ciencias naturales «é de Geometría é Astronomía, con tanta admiración de las gentes, que le tenían por Brujo é Nigromántico». En tanto su esposa dedicábase, con el auxilio del Rey, á levantar de tal modo la figura del Marqués, y á ponerle tan hechiceros adornos, en su fama de sabio, que fácilmente el vulgo creyó á Don Henrique personaje de cuernos, á guisa de diablo, de brujo ó de duende infernal.

«No falta quien afirma—dice Parro—que en los subterráneos y bóvedas de su casa reunía el Maestre de Santiago los mágicos y brujos de su tiempo, y allí se entretenían en hacer conjuros, destilar he-

chizos y ejetutar diabluras, como la de picarse y encerrarse así en una botella para salir vivos y enteritos y renovados al cabo de algunos siglos.»

¡Oh candorosa ingenuidad popular, la que dió vida á esta linda fábula! Aún he oído yo en mi país, bien lejano por cierto de Toledo, cantar esta copla, burlona y crédula:

Metido en una redoma
y picafo te has de ver,
como el Marqués de Villena,
poco le vale el saber.

Uno de los más bellos romances del Duque de Rivas, el titulado «Un castellano leal», canta, como todos recordaréis, la gesta bravía del Conde de Benavente, haciendo arder su palacio para purificarlo de un aliento emponzoñado de traición.

Como precaución higiénica, no me parece muy atinada, pues si el palacio se quedó sin aliento, el prócer se quedó sin palacio, y bien valía perdonar el bollo por el coscorrón; pero entra aquí la Musa plebeya, encarnada en Melpómene, con la antorcha flameante y el ceño sombrío, y su ademán glorioso atiza las lenguas de fuego y diviniza el bárbaro alarde del altivo español. Confesemos que más bello fué levantar este incendio que llamar á la brigada municipal para desinfectar los salones.

Y he aquí, esta Melpómene callejera tiene uno de sus más arbitrarios caprichos: sabe muy bien que no es la antigua morada del «Marqués de Villena» la reducida á pavesas por su dueño, y enamorada de ella, sigue ciñendo sus muros con guirnaldas de laurel y fulgores de gloria. Y yo, devoto galán de esta Musa de barrio, me creo sus gracias mentirosas, y estimo en ella más la hermosura falaz que la verosímil aunque fea catadura de esa dama seca, apergaminada y bibliotecaria, que se llama Doña Erudición de la Crítica.

Cuando en 1525 vino á la Corte de Toledo el Condestable Duque de Borbón á parlamentar con el César Carlos V, designó este

Monarca, para alojamiento del magnate francés, la casa del Marqués de Villena, como única digna en suntuosidad y nobleza de albergar á huésped tan alcornado.

Don Diego López Pacheco, segundo Duque de Escalona y Conde de Benavente, era á la sazón el señor de la fastuosa casona, vinculada en su familia por merced de Don Enrique IV el Impotente, que le otorgó á la par el marquesado de Villena. Las canas austeras y venerables de Don Diego sintieron como un ultraje insólito la orden del buen Rey Carlos I de España mandándole disponer aposento para el fementido deudo del caballeroso Rey Francisco de Francia. Y contestó al mecase,ero imperial:

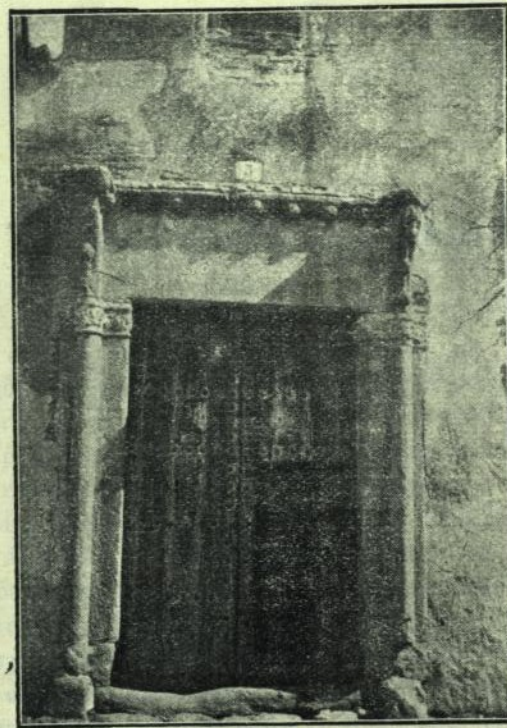
—A la merced del César, Nuestro Señor, está el palacio y cuanto yo tengo y valgo. Ansí ora mesmo con mi familia y criados me parto desta cibdad, por que con mas holgura ocupe mi casa quien al Rey pluguiere; pero aperebase el Monarca á ver trocado en cenizas y escombros mi solar, si el tal Borcón pisa sus limpios umbrales, que un hombre honrado y leal se ahoga tan aína como le alcanza el aliento de la perfidia y de la felonía.

Y como dijo, salió de Toledo con sus deudos y servidumbre.

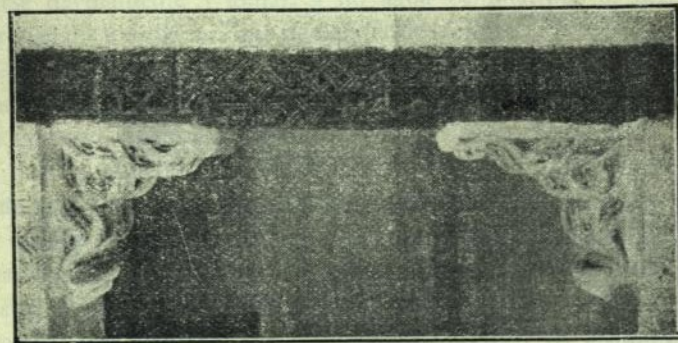
Pocos días estuvo en la Corte imperial el Duque Condestable de Borbón: corrale priesa de andar á Roma por todo, con las mesnadas españolas. Ya tenéis noticia de cómo nuestros veteranos soldados, al mando del Borbón, entraron en la Ciudad Eterna, á saco. Y pienso yo que hubo de ser á saco vacío, para llenarlo á su talante, como hicieron todos.

Olvidado habían las gentes de Toledo la amenaza del Duque de Escalona; seguía éste lejos de la ciudad, sin pensar en volver á su palacio, desalojado ya por el francés, cuando una mañana tiñó la pálida claridad de la aurora el sangriento fulgor de las llamas que agitaban sobre las casas del Marqués de Villena sus penachos de fuego.

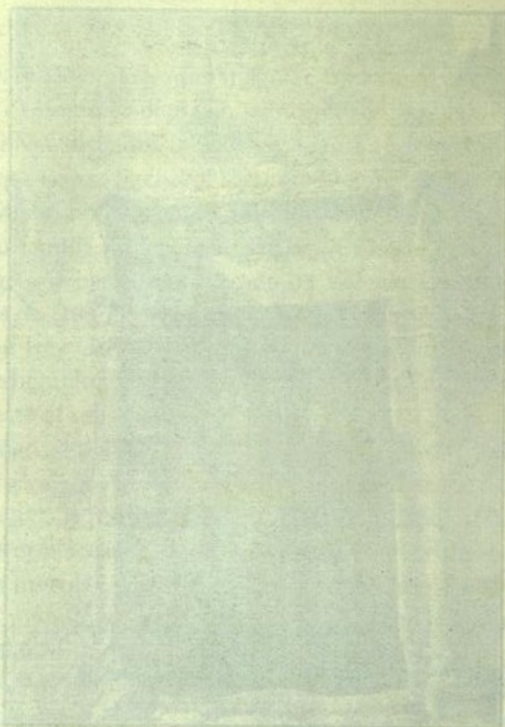
¡Trágico fin de un palacio mimado por la leyenda, ennoblecido por los linajes próceres y dilecto de las artes, que en él pusieron sus maravillas de gala, para deleite de sus dueños de antaño, y que ahora, en estos tiempos de priesa y poquedad, aún son asombro de los ojos curiosos que aciertan á ver sus roídos vestigios!



CASA DEL GRECO: PORTADA



CASA DEL GRECO: ARROCABE



El santuario del genio.

En el callejón del Tránsito, y fronterizo á una rinconada de tapias zagueras de la Sinagoga, hay una portada de tilde hidalgo, que así por su traza grave como por las mellas y roeduras de la intemperie, pregona su abolengo añejo, nacido por acaso, á fines del siglo xv ó quizá en los albores de la centuria siguiente.

Que esta portada es hija de la época Gótico-Renaciente, lo dicen el macizo dintel con su mezquina cornisa cimera, en cuya escocia cobijase como orla el cordón de San Francisco; las maltrechas molduras y el mismo cordón, adorno también del frente de las voladas zapatas de granito; las jambas con el atavío de sus dos columnas prendidas en su piedra, y entre las jambas y el dintel, los capiteles de las columnillas, desenvolviéndose en amarillento friso de caliza, tallada con ricas labores de arrafices.

Las maderas de la puerta, guarnidas de rejos y tachones y de mohosas alguazas, se abren á nuestro paso, y ahora es fuerza destocarse devotamente y tomar, si no agua bendita, por lo menos el aire atento y fervoroso que demandan los templos.

El zaguán está velado en el íntimo recogimiento de la penumbra; apenas si los ojos descubren en la obscuridad de un rincón el brocal de un pozo. Salimos al patio.

La luz risueña y áurea de la tarde pinta una franja de anaranjado fulgor en los aleros; ¡qué paz, qué suave quietud en este patio!

Mirad en torno: aquí hay dos columnas del Renacimiento, de granito, rugosas, desgastadas, cuyos capiteles se coronan con zapatas de madera, donde artistas irónicos tallaron graciosos monstruos y arrequives; sobre las carreras agrietadas asoman su pulida cabeza los canecillos de los cabios, y si curioseáis bajo el alfarje de la galería, vuestras miradas divisarán heráldicos blasones decorando las

tabicas. En la otra crujía son dos pilares ochavados los que soportan el piso de la galería alta, y su citarón de azulejos descansa sobre un alizar de gracioso estilo.

¿Veis cómo la luz vespéral pone un matiz de emoción en todas las cosas?

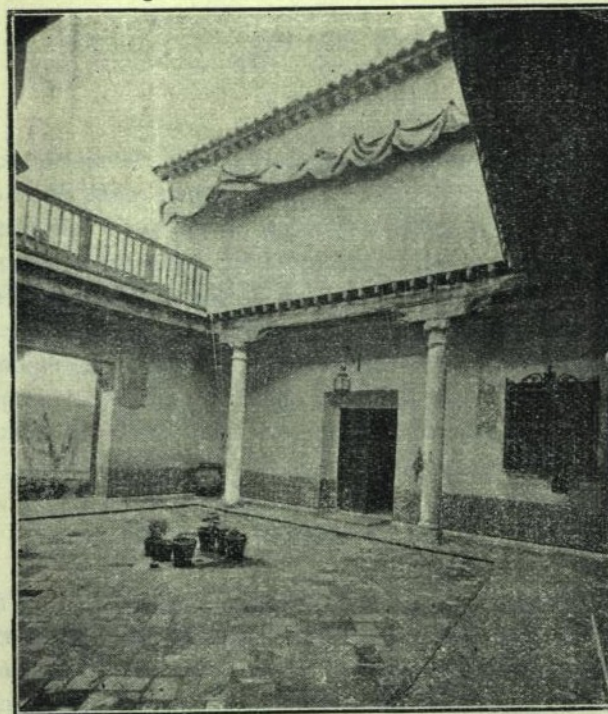
No os importe curiosear: nadie nos saldrá al paso.

Acercaos á esta reja; á su lado, una hiedra brota en la tinaja hispano-árabe que decora el rincón del fondo de este patio; pero sus tallos todavía no han tejido frondosa cortina entre los hierros. Sobre estos hierros, recios y sencillos, ornados con una roseta de forja en cada roblón, campea el copete de dobles espirales, aprisionando entre las dos ese escudito sin blasón acaso, que trae á nuestra mente el recuerdo de Carlos de Gante. En torno del vano, un arrabá muestra su desconchado ataurique mudéjar, donde el gesto cristiano casi oculta el rasgo musulmán.

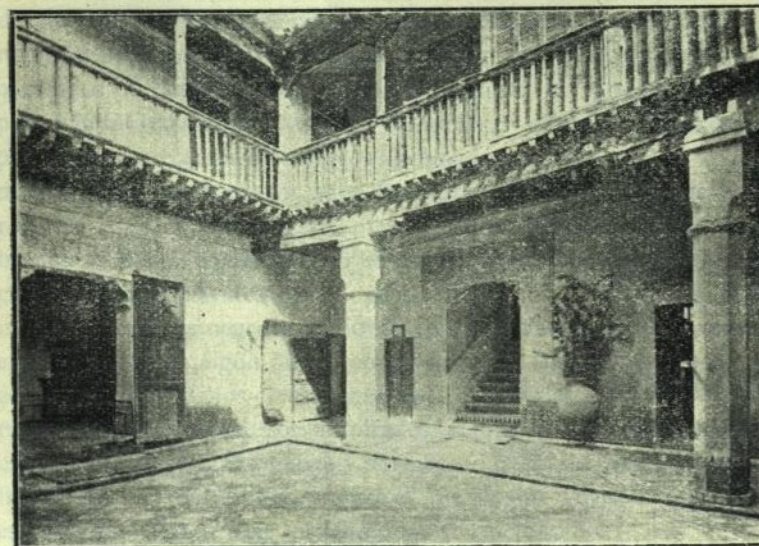
En el otro muro, orlando la puerta que da al jardín, hay también un arrabá de más suil tracería; el yeso en él se cala, se borda, se cruza y forma un encaje, cuyo motivo gótico tiene un grácil desarrollo morisco hasta en el bello festón que lo rodea. Ya que estamos en esta puerta del jardín, no dejéis de contemplar un momento los dos pozos abiertos á su vera; sus brocales de granito, empotrados en el muro, rompen el zócalo de azulejos arábigo-andaluces, que da vuelta al patio; sus nichos están revestidos de estos mismos azulejos.

Yo me asomo á estos pozos y miro sus aguas, profundas y misteriosas, sobrecogido por una sugestión fascinadora; me atrae y me inquieta ver la sombra indecisa de mi busto destacars: en el ambiguo reflejo del fondo.

Estos pozos toledanos, agazapados en el incierto claro oscuro de un zaguán ó en el rincón de un patio, encierran una voz encantada que jamás llega á sonar, aunque yo creo oirla siempre. ¿Será el eco de las palabras luminosas de la Verdad encarcelada en ellos? ¡Ay, la Verdad, entonces, es la que nos muestra su espejo en la tersura de las aguas hondas, y como no sabemos comprenderla, vemos quizá las imágenes toscas y rodeadas del misterio inefable de una ilusión, que es la sonrisa de la verdad, disfrazada de mentira!



CASA DEL GRECO: PATIO



CASA DEL GRECO: PATIO

Y como acontece que las filosofías sentimentales traen consigo la donosa ironía de los afanes prosaicos, he aquí nuestro paladar picado y nuestros pies en trance de buscar la cocina: los filósofos suelen tener hambre. Por allá deben azacarse la dueña y el pinche en el tráfago de peroles y cacharros.

Nuestro olfato se engaña con una ficción de olores de vianda y de humo gustoso, y nuestro espíritu, hechizado por esta luz maga del crepúsculo, nos ha remontado á algunos siglos pretéritos; vestimos jubón de negro terciopelo, airosa capa, alba gorguera de escarola, sombrero aludo, y en él una garzota prendida con joyel de ataujía, gregüescos acuchillados, calzas de vellorio, zapatos de hebi-lla, y llevamos pendiente del talabarte un recio estoque toledano.

¡Ah del hostal! ¡Doña Mencía!—No llegan á temblar nuestras voces en el aire silencioso, pero bien pudiéramos hacerlo; el señor de la casa nos brinda con su amistad y confianza, y hemos discutido asaz, entrambos, las nuevas de los triunfos castellanos en Flandes, las rebeliones calladas de los moriscos, las audacias de los nuevos herejes luteranos, los milagros que cuentan de esa monja de Avila, la madre Teresa de Jesús, y las recientes hazañas de nuestros soldados en el Perú, noticiadas por los galeones llegados de las Indias; y mientras poníamos pausa á nuestras pláticas, este preclaro hida'go, que todos en Toledo conocemos por Dominico el Griego, ha ido pintando mi retrato; una faz llena de nobleza y altivez, con la frente pálida y pensativa, los ojos negros iluminados por una mirada enigmática, donde se asoma mi alma de místico y de visionario, de héroe y de santo. Todo mi semblante es enjuto y macilento, mis barbas infanzonas y mis mostachos como el ébano; hame puesto, por gala, mi mano abierta sobre el pecho y la color marfileña de esta mano resalta en la negrura del jubón. Acaso rodando los siglos véase este mi retrato en algún Museo con la firma de Domenikos Theotocopoulos; los profanos creerán que voy á hablarles; los entendidos me contemplarán, extáticos, admirados; alguna hermosa dama fijará en mí sus ojos con más deleite y devoción que en su galán, y todos han de ignorar mi nombre, porque al pie de mi imagen irá escrita esta leyenda: *Retrato de un hida'go desconocido.*

Y mientras cruzamos este ángulo del patio, en demanda de la cocina, cuya puerta está de par en par cabe nosotros, se nos vienen á las mientes aquellos versos jocosos que ha escasos días nos mandó nuestro amigo Baltasar del Alcázar desde Ronda, epicúreo ditirambico, digno de Anacreonte. ¡Y cómo excita el apetito la donosa descripción de su cena con Inés!

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo.

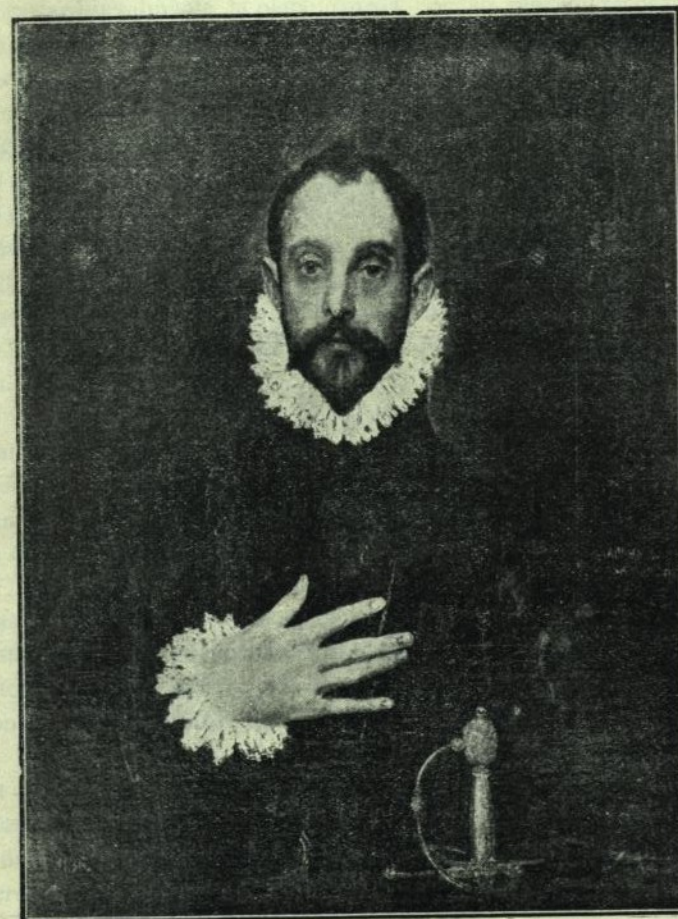
.....
La ensalada y salpicón
dieron fin; ¿qué viene ahora?
¡La morcilla! ¡Oh, gran señora
digna de veneración!

.....
Mas, dí, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?

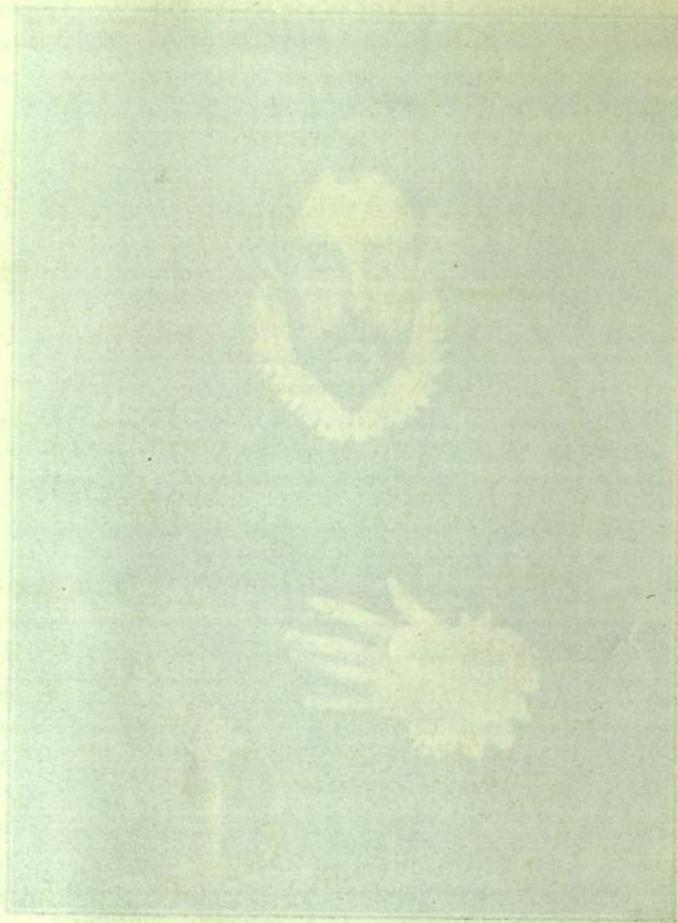
.....
Haz, pues, Inés, lo que sueles;
daca de la bota llena
seis tragos.....

Hétenos junto al lar. No; no trajina en él la dueña, ni en el recinto hay huella alguna del pinche; todo está en orden: los cacharros, la loza de Talavera, la vajilla, los candiles, las trébedes, todo está pulcramente colocado en su lugar, en su anaquel propio; hasta un libro de guisos, *El Arte de Cocina, Pastelería, Vizcochería y Conservería*, compuesto por Francisco Martínez Montañó, cocinero mayor del Rey nuestro Señor, ha servido primorosamente para ilustrar este departamento. No falta nada aquí: ni la castiza mesa de roble, ni los poyos de ladrillo, ni las alacenas, ni una pieza oportuna de cerámica sobre la repisa de la campana hogaril. ¿Dónde, pues, andarán Doña Mencía y el pinche?

Y salimos de la cocina, y ascendemos por la escalera del patio, pensando en que nuestro huésped perínclito, el famoso Domenico Teothocópuli, no es partidario de ayunos, antes bien, sabemos la regalada vida suya, y más de una vez hemos yantado á sus manteles sabrosos condumios, oyendo el son de una tonada, que una or-



GRECO.—RETRATO DE UN HIDALGO DESCONOCIDO



questa de músicos tocaba en sus guzlas, rabeles y violines. El gusta de gastar liberalmente la plata ganada con su pincel, recordando acá, frente á las arenas de oro deste río Tajo, los hábitos gentiles de Venecia, que él disfrutó en su mocedad al lado del Tizziano y el Tintoretto, sus maestros. No es como el Ingenioso Hidalgo, tan en boga entre algunos otros de buen seso, cuya vida escribió ha poco un alcablero llamado Miguel Cervantes. Si el buen Alonso Quijano comía una olla con algo más vaca que carnero y salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, y así consumía las tres partes de su hacienda, este pintor candiota se regodea con manjares de príncipe, y hasta liba el vino de Chipre en cráteras y vasos de sutilísimo cristal veneciano.

Al llegar á la galería alta, sobre el patio, nuestros ojos contemplan con delicia el hermosísimo arrocabe de talla alárabe, y las ménsulas de estilo oriental, adorno de la puerta de la escalera. Y tenemos la pretensión de haber visto antaño este arrocabe sirviendo de dintel en la portada del patio al jardín.

Atravesamos varios aposentos y el dueño de la casa no da muestras de hallarse. A nosotros nos complace sobremanera recrear la vista en estos vargueños, en estas arcas de taracea mallorquina, en estos bufetes con sobrios ataires, que el señor deste solar coleccionó con amorosa prolijidad: cuadros de estima engalanan los muros...

Y llegamos en nuestra excursión hasta el estudio. En esta holgada cuadra, la luz entra por un ventanal anchuroso, cerrado por emplomada vidriera. Y esta claror desvaída del ocaso, al pasar por el vidrio, cuya transparencia se enturbia con una coloración de agua verde-pálida, hace ondulaciones en el aire, como si fuera el reflejo de un rayo de luna sobre una concha de nácar.

También está desierta la estancia .. Ni siquiera el caballete da fe de trabajo... En el centro, una mesa, y en su derredor, varios sillones fraileros de vaqueta pisan la alfombra de Smirna que cubre el solado. Junto al techo de este salón corre un friso ojivo-mudéjar, y en el paño del muro, entre el friso y el zócalo de cerámica, cuelgan ordenados algunos cuadros. ¿Cómo no está el maestro aquí?

Empezamos á temer como una alucinación, nuestro gesto bizarro de hidalgos viejos, vasallos del Rey Don Felipe II el Prudente. Sin embargo, en este recinto hay un soplo de vida: una sensación poderosa nos afirma que el pintor cretense ha discurrido por aquí una hora antes... Los braserillos de azófar parecen conservar un rescoldo todavía... Nos acercamos á la mesa; en ella hay libros abiertos y una epístola escrita con seguros trazos; es una poesía: la epístola moral á Fabio, de Fernández de Andrada. ¿Será amigo el poeta bético del pintor cretense?

Al azar leemos:

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

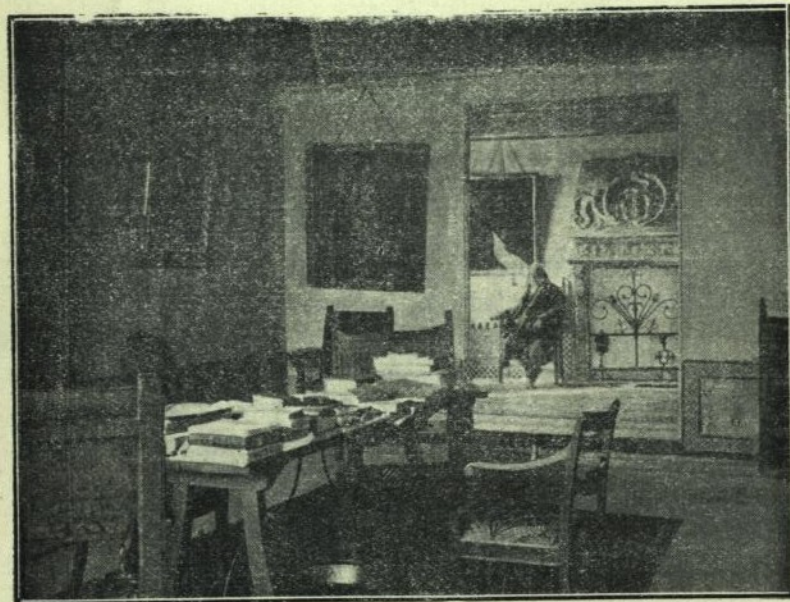
.....
¿Qué es nuestra vida más que un breve día
do apenas sale el Sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde?..

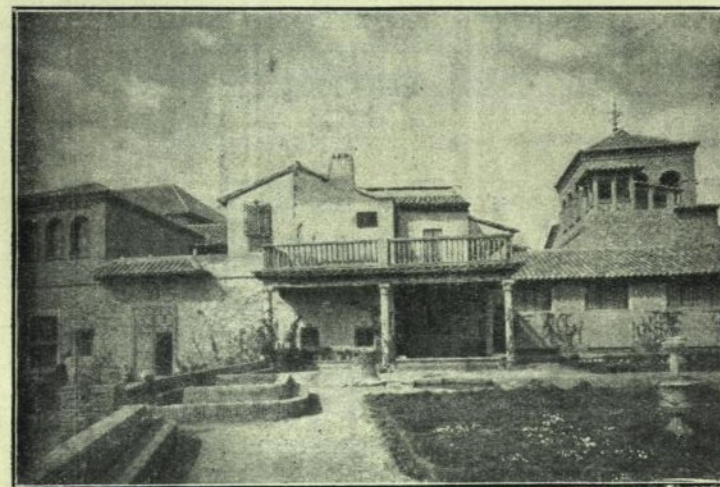
Quitamos el manuscrito y bajo él aparecen las páginas, abiertas, del «Arte de bien morir». Indudablemente es cierta la preocupación de ánimo del maestro, y esos rumores de locura suya, y de exaltación mística, que por Toledo se mienten. Debe vagar á estas horas por el jardín, meditando.

Y sintiendo ahuyentado el apetito, corremos allá, buscamos á Domenico, entre sus flores y sus fuentes, en las terrazas...

¡Nada! El jardín tiene un encanto melancólico: es un jardín anárquico, de original belleza, de espiritual desconcierto: las enredaderas se enroscan á las columnas neoclásicas de esta terraza, frente á la cocina, y cubren por completo la reja de forja bética; por los balaustres de una solana se balancean al aire las sierpes frondosas de la hiedra; en una fuente, en otra, manan los surtidores sus plumeros



CASA DEL GRECO: EL ESTUDIO

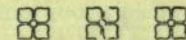


CASA DEL GRECO: JARDÍN

líquidos... Unos tiestos con guirnalda de relieve esmaltado lucen en medio de los arriates su traza de jarrones renacientes... y las flores se desbordan en torno.... ¡No hay nadie! Nuestro espíritu ingenuo leyó, al mirarse en el espejo del pozo, un sueño de ilusión, sin saber que era la sonrisa de la Verdad. Y ahora, al acercarnos á esta alberca estrellada, donde vierte sus aguas la taza de una fuente, vemos bullir, jugar, saltar llenos de vida, un enjambre de peces de colores... Y nos sonreímos de ellos... que es como sonreírnos de nosotros, de nuestra credulidad y de nuestro sueño.

Así pasó una vez, y otra también, mi entusiasmo y mis ojos ilusos por la Casa del Greco. Tal es mi impresión y tales mis emociones, que nunca acaso huirán de mi recuerdo. Yo quisiera haberos dado algo de aquella pura vibración de mi espíritu... Quizá no lo haya conseguido..., mas no será por no haber invocado el favor de las nueve hermanas. Y ahora os digo, con las palabras de Moratín en su «Elegía á las Musas»:

Esta corona adorno de mi frente,
esta sonante lira y flautas de oro,
y máscaras alegres, que algún día
me disteis, sacras Musas, de mis manos
trémulas recibid y el canto acabe,
que fuera osado empeño repetirle.



APENDICE

Aunque mi culto auditorio no tenía menester de mis explicaciones aclaratorias, fatigué su atención antes de pronunciar mi conferencia, definiendo el significado de algunos vocablos en ella empleados: este vocabulario previo fué ilustrado con proyecciones.

ALBOAIRE.—Labor decorativa de las bóvedas, con adornos de azulejos.

ALFARDA.—Par de armadura, en los artesonados ó alfárjes. Solía ostentar molduras y adornos.

ALFARJE.—Techo con maderas labradas y entrelazadas artísticamente.

ALGUAZA.—Bisagra ó gozne, que adornaba algunas puertas fastuosas, con caprichosa labor de forja. Ordinariamente su parte aparente en las puertas era como una flor de lis, muy sencilla, estilizada.

ALHANIA.—Alcoba, ó cámara.

ALICATADO.—Obra de azulejos, con labores arabescas y dotada del reflejo tornasolado moruno, típico.

ALIZAR.—Cinta ó friso de azulejos, de diferentes labores, en la parte inferior de las paredes de los aposentos.—Si bien esta definición es la que he visto escrita en los Diccionarios, y la que se desprende del sentido de las oraciones, como la emplean algunos autores ilustres, hablando yo con el Sr. Laredo, Arquitecto director de las obras de la Casa del Greco, y con el maestro ó capataz encargado de dichas obras, he modificado allí mismo tal definición, pues noté que llaman *alízar* (y, según me aseguraron, to los los albañiles así lo entienden) sólo: «á la faja de azulejos

que presenta dos caras en ángulo, esmaltadas, al exterior, ya corra por la parte inferior de los muros, ya corone un zócalo en resalto sobre el paño de pared» (1).

ALMARIBATE.—Madero cuadrado del alfarje que une los pares ó alfardas.

ARRABÁ.—Especie de friso quebrado, en forma de medio marco rectangular, que circunscribe la parte superior de un vano.—El Sr. Gómez Moreno, en una de sus notabilísimas conferencias sobre Arte Musulmán, dadas en el Ateneo de Madrid, hizo notar que esta palabra *arrabá*, empleada comúnmente por los autores, es una corrupción del árabe, debiendo en su lugar emplearse el castizo vocablo de *alfiz*.

ARRAFIZ.—Cardo, cardina.—Labor en forma de hojas de cardo, sobre piedra, madera ó yeso.

ARREQUIVE.—Adorno; labor decorativa en los bordes; especie de festón.

ARRÓCABE.—Madero con talla y labor de lazo, colocado como dintel; ó á modo de friso en lo alto de los muros, en las estancias artesonadas.

ATAIRE.—Moldura de tablero, en puerta ó ventana, ó decorando muebles.

ATAUJÍA.—Labor de incrustación y embutido, que los moros hacían en metales diferentes, ó en maderas ricas, con oro y plata.

ATAURIQUE.—Decoración de yeso tallado, figurando hojas, en los arrabases, frisos, enjutas y frontales; por extensión se llama también ataurique toda talla de yesería que orne un plano, aunque su motivo ó tema decorativo no sea de hojas.

CHAPINETE.—Madero de coronación y enlace, en los entramados de algunas obras de froga.

TARACEA.—Labor de incrustaciones en maderas; estos embutidos

(1) No es esta la única atención que debo á D. Eladio Laredo. Gracias á su cortesía y amabilidad, pude leer el *Arte Cisoria* (edición de Antonio Marin, 1765) y otros curiosos libros que en la Casa del Greco se guardan; así como también me facilitó los datos sobre la reconstrucción de esta casa; en ella se utilizaron viejos materiales de otros edificios, y sobre todo, de la casa de «Pozo-Amargo», en Toledo, derribada exclusivamente para aprovechar a su interesantes elementos constructivos. La cultura y el buen gusto de tan notable arquitecto fueron mis mentores en Toledo.

de otras maderas polícromas, ó de nácar, usábanse, sobre todo, en ebanistería morisca.

TARBEA.—Salón, estancia espaciosa.

Pueden verse algunas de estas voces en las *Ordenanças de Sevilla*, edición de Andrés Grande, 1532, y otros textos antiguos, como los de los *Fueros de Zaragoza*. Por vía de curiosidad, he aquí una disposición del *Título de los Albañies*, en las Ordenanzas citadas:

«Otrosí, ordenamos y mandamos que el dicho maestro sepa labrar sus portadas de yesería de diversas maneras, assí de romano, como de lazo de talla enleñado con *chapinetes* é *almariuates*, é *atauriques* é otras molduras que conviene...»

Siendo esta Conferencia trabajo ceñido, no puedo añadir otras curiosas notas que me prestan la *Crónica del Rey Don Pedro*, la crónica rimada de Lope de Ayala, las poesías en loor del *Marqués de Villena*, que á su muerte le escribieron Juan de Mena y el Marqués de Santillana; la misma *Arte cisoria* y los fragmentos que del *Arte de trovar*, del *Aojamiento* y *Los trabassos de Ercoles* (1) se conservan en los *Orígenes de la lengua castellana* de Mayans y Siscar y en otras obras; Navarro, López de Arenas, Ponz, Parro, Amador de los Ríos y Cossío en sus trabajos, y sobre ellos el notabilísimo y reciente de Francisco de Borja San Román, donde pretende demostrar que el Greco no vivió precisamente donde hoy se dice.

Pero, como no es la mía obra de erudición, y Dios me libre de ello, dejo para más adelante—si ha lugar—la tarea de completar y extender mi trabajo, en el mismo sentido libre y personal que aquí se apunta.

(1) Estos y otros libros mandados luego quemar por D. Juan II los escribió D. Enrique de Aragón en el retiro de su villa de Terralva.

